

do uno de sus ayudantes, Metelo Nepote, que en el año 63 había regresado a Roma, para trabajar políticamente y como tribuno de la plebe, durante el año 62, en pro de Pompeyo, no solo apoyó la opinión democrática de la anticonstitucionalidad de la ejecución de los catilinarios, sino que unido poco después con César, que en el año 62 ejercía el cargo de pretor, presentó la proposición de que Pompeyo fuese llamado con su ejército para salvar la patria comprometida por las violencias cometidas contra los secuaces de Catilina, este atrevido plan fracasó por la energía de Catón, que se opuso como tribuno de la plebe, y por el llamamiento a las armas de los amigos del Senado, los cuales dieron buena cuenta de las bandas de Metelo.

Esta escena violenta mostró desde luego que César y los demás caudillos de la democracia, al ver frustradas las intrigas que hasta mediados del año 63 habían urdido contra Pompeyo, y después del hábil golpe del Senado, que, en el propio año, se atrajo al pueblo de Roma, aumentando la distribución de cereales, trabajaban diestramente para reanudar la antigua alianza con Pompeyo y para evitar toda discordia entre el imperator y la oligarquía. Como los sutiles intrigantes sabían demasiado cuánto era el orgullo de Pompeyo, los tribunos de la plebe, Labieno y T. Ampio Balbo, acordaron, en el año 63, hacerle con inusitada pompa los honores de la victoria. César, por su parte, había presentado, como pretor, á principios del año 62, una proposición para dejar á Pompeyo la terminación del nuevo templo Capitolino que hasta entonces había corrido á cargo del anciano Cátulo. El Senado rechazó ciertamente tal proposición, pero este golpe de César y el hecho de haber fracasado después su intento y el de Metelo Nepote, hubieron de encender en el ánimo del imperator sentimientos hostiles contra el Senado. Mas funesto fué todavía el hecho de que el Senado, después de haber rechazado la rogación catilinaria, suspendiese de sus cargos á César y á Metelo, á consecuencia de lo cual este fué á reunirse con Pompeyo, y aquel, protegido por las masas, consiguió con gran astucia, llegar á un arreglo con la asamblea senatorial. Cuando poco después se presentó Pompeyo en Roma, César desapareció repentinamente de aquella escena política, dirigiéndose á principios del año 61 como propretor á la España citerior, tan acosado por las deudas, que sus acreedores no le permitieron abandonar la capital hasta después que su amigo, el rico Craso, hubo pagado por él la cuarta parte de los créditos que contra él pesaban, que ascendió á la suma de 830 talentos. Durante su ausencia, los sucesos se desarrollaron de tal manera en Roma, que le permitieron al cabo de algunos años intervenir de un modo decisivo en los destinos de la república.

Pompeyo había licenciado su ejército y durante el año 62 se había despojado de aquel poder ante el cual habían temblado hasta entonces todos los partidos. Esto hubiera sido de trascendencia si hubiese ido unido al pensamiento de abdicar formalmente y, á imitación de lo hecho por el vencedor de Zama, vivir entre ciudadanos libres como el primer gene-

ral y el más famoso veterano de la República. Desgraciadamente no eran estas sus intenciones; antes bien pensaba que con su inesperada renuncia se conquistaría la fama del más eminente ciudadano, y que, apoyado por el favor del pueblo, podría ver colmados sus más ardientes deseos, sin tener que recurrir á las armas. Pero se había engañado por completo: hasta entonces había desperdiciado todas las ocasiones que un hombre decidido, convencido de su fuerza y con un plan fijo hubiera aprovechado, prescindiendo de la repugnancia hacia una usurpación, para ponerse al frente de sus legiones vencedoras y anunciar al mundo el nacimiento de una nueva era monárquica. Pompeyo regresó á su patria colmado de honores, celebrando con más pompa que un rey, en los días 29 y 30 de octubre del año 61 (en que cumplió los 46 de su vida), la más fastuosa entrada triunfal que el mundo romano había presenciado; pero pronto hubo de reconocer que sus muchos enemigos del Senado que le despreciaban, tomaban al pie de la letra su aparente deseo de ser un simple ciudadano y le trataban como á tal. No hubiera sido entonces muy difícil á la oligarquía, atraerse, por medio de una conducta hábil, á Pompeyo, que por naturaleza era más propiamente un aristócrata que un monarca, y convertirle, dándole el cargo de príncipe del Senado, en un nuevo apoyo del partido senatorial. No pensaron sin embargo así, ni los oligarcas, que como Catón, eran estrictos partidarios del formalismo republicano, ni los antiguos enemigos del general, como Lúculo y Metelo Crético. Así, cuando Pompeyo, además de sus deseos personales, impuso un gran número de exigencias políticas que solo hubieran podido ser atendidas cuando detrás de él estaba la fuerza de sus legiones, sus adversarios encontraron ocasiones, desde el punto en que le vieron desarmado por el licenciamiento de sus tropas, para ofenderle mortalmente y para debilitarle por completo, con astuta táctica.

Pompeyo pretendía ante todo el segundo consulado y exigía luego la sanción de todas las disposiciones por él tomadas en Asia y la concesión á sus innumerables veteranos de las tierras que les habían sido prometidas. Lo primero no pudo conseguirlo, pues el Senado se negó á aceptar los votos de los silanos para la reelección: en lo que se refería á los acuerdos tomados en el Asia, Lúculo ordenó que fuesen discutidos detalladamente, lo cual abrió las puertas á interminables subterfugios y disgustos. Las promesas de tierras á los soldados fueron sancionadas, aplazándose, sin embargo, indefinidamente su real cumplimiento. Profundamente indignado y abatido, encontrábase Pompeyo, en el año 60, en una situación triste, por culpa de sus enemigos los oligarcas, ofreciéndosele, tan solo, contra lo que era de esperar, la perspectiva de alcanzar nuevamente el poder con el auxilio de la democracia. Pero ignoraba que había llegado el momento en que un hombre más grande que él se preparase á completar, primero con él y después contra él, la obra ante la cual había retrocedido tímidamente en Brindis el conquistador del Oriente.

## CAPÍTULO II

CAVO JULIO CÉSAR

I. El consulado de César (59).—II. Cicerón desterrado de Roma por Clodio.—III. César en las Galias. Ariovisto. César sojuzga á los helvecios.—IV. Victoria de César sobre Ariovisto.—V. Situación de los celtas que habitaban entre el Garona y el Rin. César conquista la Bélgica.—VI. César vence á los venetos y á los pueblos del Océano. César atraviesa el Rin. Sus expediciones á Britania.—VII. Desórdenes en Roma. Pompeyo. Clodio. Milon.—VIII. Conferencia en Luca. Chipre y Egipto.—IX. Craso en la guerra de los partos. Carres. Muerte de Craso.—X. Muerte de Clodio. Supremacía de Pompeyo en Roma.—XI. Sublevación belga. Sumisión general de la Galia y de Vercingetorix. Conquista completa de la Galia.—XII. Planes políticos de César. Pompeyo y los republicanos contra César. Conflicto entre César y sus adversarios.—XIII. César pasa el Rubicón y se adelanta hacia Piceno. César conquista la Italia y la España. España y Masilia.—XIV. Los pompeyanos en Macedonia. César se fortifica en Dirraquio.—XV. Batalla de Dirraquio y de Farsalos. Muerte de Pompeyo.—XVI. César en Egipto. Cleopatra. Luchas de César en Alejandría.—XVII. Batalla de Zela. César en Roma. Thapsos.

## I.—EL CONSULADO DE CÉSAR (59)

El hombre que en el verano del año 60 tendió su salvadora mano á Pompeyo no fué otro sino César. El joven propretor se había distinguido en España como excelente gobernador, venciendo á las insubordinadas tribus que habitaban entre el Tajo y el Duero y en Galacia, y proponiéndose, además de sus brillantes victorias militares, cuantiosas sumas, con las cuales pudo librarse de sus deudas. Ansioso de alcanzar el consulado, se presentó, en junio del año 60, en Roma, y para no ver contrariados sus deseos por el formalismo establecido por la costumbre y por la ley, y para asegurar su elección, renunció á los honores del triunfo. La democracia consiguió elevar á su excelente jefe á la dignidad consular. La disgustada oligarquía tuvo por contenta con poder poner á su lado á M. Calpurnio Bibulo, cuñado de Catón, que era enemigo de César y uno de los más acérrimos oligarcas. Entonces César propuso á Pompeyo una alianza que reuniese la influencia de ambos contra la aristocracia: esta alianza halagó mucho á Pompeyo, que solo pensaba en la realización inmediata de sus proyectos, sin ver que los planes de César y de su partido habían de serle en definitiva altamente perjudiciales. Los aliados consiguieron la preponderancia en Roma, porque César supo también reconciliar á Pompeyo y á Craso; y unida de esta suerte la influencia de los tres, unión que fué llamada *el primer triunvirato*, á pesar de no ser lo que el sentido técnico de la palabra en Roma significaba, se concentraron las fuerzas comunes para combatir contra la aristocracia, y pronto se vió claramente que había un genio superior que daba nuevo impulso y dirección á la política romana.

En cuanto César hubo en el año 59 tomado posesión del consulado, comenzó la lucha, que al principio había de ser favorable á las exigencias de Pompeyo. Ante todo se trató de atender á los veteranos de éste, á cuyo fin César, sin circunscribir á ellos solamente las distribuciones de tierras, exigió la de los bienes que el Estado poseía en Italia y especialmente en Campania, y solicitó para aumentar estas asignaciones que se compraran algunos bienes de particulares, á cuyo objeto se destinaran los tesoros que Pompeyo había entregado al erario público. El cónsul, previendo que, á pesar de la habilidad y moderación con que estaba redactada la ley, la cual, por otra parte, ni era demagógica ni disolvente, difícilmente sería esta aprobada por el Senado,

recurrió al pueblo. Apoyado energicamente por Pompeyo y por Craso, consiguió César hacer triunfar la ley sin tomar en consideración la intercesión tribunicia, imponiendo silencio con violencia, aunque sin atender á sus personas, á Catón y al cónsul Bibulo que abogaban con energía porque no fuese tomada en consideración. Entonces el Senado y los magistrados hubieron de sancionar esta ley, que pronto fué utilizada para dotar de tierras á 20,000 ciudadanos romanos. Después obtuvo César del pueblo la aprobación de todas las disposiciones tomadas por Pompeyo en el Asia, atrayéndose á la importante clase de los caballeros con algunas valiosas concesiones. Bibulo, en vista del mal éxito de sus esfuerzos, mantúvose alejado de la política durante todo el año de su cargo, y se contentó con algunas protestas y proclamas contra los ulteriores progresos de César.

Entonces César se dedicó á la obra más importante de su vida. Su afán era conseguir como procónsul una provincia, donde encontrase tiempo y medios de organizar un ejército para la democracia. Conforme á sus intentos, logró del pueblo el tribuno de la plebe Publio Vatinius, que se diese á César un mando extraordinario, parecido al que se había concedido á Pompeyo cuando la guerra de los piratas. Una decisión de los comicios dió á César, por cinco años, la provincia cisalpina, es decir la Alta Italia, con tres legiones y con la dependencia ilírica, donde encontró adictos partidarios entre los transpadanos. A propuesta de Pompeyo, añadió á ella el Senado la provincia narbonense con una legión. Solo César pudo apreciar la extraordinaria importancia que esta última concesión tenía, pues, dado el estado de cosas, le ofrecía un halagüeño porvenir.

Para los romanos y para los dos aliados de César lo principal era que César había empezado por tomar el mando del ejército que estaba en la capital, mientras los triunviros dirigían las elecciones consulares en provecho de hombres de su confianza, y Pompeyo y Craso presidían la comisión de asignaciones, y la alianza del primero con César recibió una consagración personal con el casamiento de Pompeyo con la bella Julia, hija de César que contaba 23 años de edad.

## II.—CICERÓN DESTERRADO DE ROMA POR CLODIO

El centro de gravedad del desenvolvimiento de la decadencia de la república no hemos de buscarlo en lo sucesivo en Roma, sino en el campamento de César. El intrépido pro-

cónsul se detuvo desde la terminación de su consulado hasta el mes de marzo del año 58 en las cercanías de la capital. Antes de comenzar su expedición al Norte céltico, expedición que su posición hacía necesaria, creyeron los tres aliados conveniente humillar á los optimates, alejando de Roma á dos de los hombres mas importantes del Senado, á saber: el austero y severo Caton, que tanto les incomodaba, y Ciceron, que entonces era el principal orador de la aristocracia, y del cual queria vengarse la democracia por haber condenado á los compañeros de Catilina. Con este objeto, para tan vil tarea, se valieron de uno de los compañeros mas inútiles que entonces tenian en Roma. Era este Publio Clodio Pulquer, uno de los mas indignos individuos de la antigua y noble casa de los Claudios, dotado sí de gran talento, pero que por su ilimitada desvergüenza y por su corrupcion de costumbres era uno de aquellos vagos tan perjudiciales para un pueblo, como con frecuencia encontramos entre las mejores familias en los tiempos de corrupcion general. Conocido hasta entonces como intrigante en el campamento de su cuñado Lúculo, y mas aun por sus aventuras escandalosas, por su descaro y por su ambicion, se habia hecho adoptar en el año 59, con ayuda de César, por un plebeyo, para poder llegar al tribunado. Elegido tribuno para el año 58 trabajó en parte en pro de los intereses de los triunviros y en parte, como habia ya hecho Catilina, por cuenta propia; solo que Clodio no estaba inspirado por un plan social democrático, sino que le guiaba la idea de la explosion de la mas audaz arrogancia demagógica, y de ir convirtiendo astutamente el tribunado en una tumultuosa anarquía. Mas adelante veremos cuán perjudicial habia de ser para los demás triunviros y sus amigos, despues de la salida de César hácia el campamento galo, y cómo habia de llenar algunas páginas poco gloriosas de la historia romana, Clodio dirigió sus primeros golpes contra Ciceron, hácia el cual sentía profundo odio personal por su extraordinaria elocuencia y por sus mordaces ataques jurídicos y políticos: para ello presentó, con inteligente perspicacia, contra este consular y contra la matanza de los catilinarios una rogacion concebida en los siguientes términos: «El que haya dado muerte á un ciudadano romano sin prévia sentencia ni juicio, será desterrado.» Las simpatías del Senado no ayudaron esta vez al célebre orador. Clodio, apoyado por los cónsules A. Gabinio y L. Calpurnio Pison Cesoniano, pudo con toda seguridad obrar contra Ciceron. César, que apreciaba las dotes literarias de este y que le habia ofrecido, antes de los ataques de Clodio, un puesto de legado en el ejército de las Galias, con el fin de alejarle decentemente de Roma, al discutirse la proposicion del tribuno, tomó parte en el debate contra Ciceron, bien que de un modo mesurado, y Pompeyo negó al infeliz orador el apoyo personal que de él solicitó. Ciceron vióse perdido y se desterró voluntariamente y presa del mayor abatimiento á la península de los Balkanes. Clodio en forma legal le hizo desterrar á 400 millas de Roma y coronó su venganza personal ordenando el derribo de la casa que Ciceron poseia en el Palatino, y el saqueo de dos quintas de su propiedad. Una parte de la casa de Ciceron fué destinada á templo de la libertad, poniéndose como imagen de esta la estatua de una hetaira griega, que su hermano habia robado el año 61 en Tanagra (Beocia). El resto de lo que á Ciceron habia sido arrebatado, llevólo el tribuno á la casa que construyó para sí en el mismo Palatino. En cuanto á Caton, Clodio lo alejó de Roma de un modo menos duro: valióse de un plebiscito en virtud del cual recibió aquel la órden de confiscar el reino de Chipre, punto sobre el cual insistiremos mas adelante, encargo que fué muy desagradable á dicho hombre de Estado, porque le obligaba á llevar á cabo un acto cínico de violencia.

La obra de infamia se habia consumado: el Senado quedaba profundamente humillado y César pudo marchar, libre de todo recelo, á fines de marzo del año 58, á su provincia, donde debia representar un papel importantísimo. La sola posesion del supremo mando de la Alta Italia, con las fronteras de los Alpes, por espacio de cinco años, le ofreció hartas ocasiones para realizar su trabajo político y militar, que se vió coronado de éxito bajo muchos puntos de vista. Pero el mando de la provincia transalpina le puso finalmente en condiciones para llevar á cabo el antiguo pensamiento que habian acariciado los grandes hombres de su partido, desde Cayo Graco, que era la conquista y romanizacion del territorio de los celtas hasta el Océano. Desde muchos años antes, en aquel gran país las cosas políticas habian tomado un giro que obligaba á César á verificar las operaciones militares en grande escala.

### III.—CÉSAR EN LAS GALIAS. ARIOVISTO. CÉSAR SOJUZGA Á LOS HELVECIOS

César tenia desde un principio el plan de extender los territorios que constituian la provincia narbonense, que todavía no estaba bien redondeada. El estado de cosas, sin embargo, que se habia formado durante una serie de años en las fronteras orientales de la gran comarca céltica de las Galias, por efecto de la presión ejercida sobre los celtas por los vecinos pueblos alemanes de toda la línea que se extendia desde el Bajo y Medio Rhin hasta la Selva Negra, habia tomado tal aspecto, que los mas previsores hombres de Estado comenzaron á temer en Roma una pronta colision funesta á los intereses de la política romana. Las tribus del Nordeste de la Galia, los pueblos belgas que habitaban en las comarcas comprendidas entre el Rhin, el Sena y el Canal, y que, distintos por su dialecto y costumbres de los celtas del interior, mas civilizados, formaban una confederacion de un gran número de cantones poblados de bosques, conservaban, con salvaje audacia, sus posesiones contra los ataques de los germanos. Entre tanto, numerosas masas de alemanes penetraron en Bélgica y se confundieron con esta parte de los celtas. Los belicosos treviros, en Tréveris, y los nervios, en Hennegovia, se jactaron despues de su origen alemán. En cambio, los helvecios vieron pasar á manos de los alemanes todos los territorios del Sur del Mein hasta las incultas y accidentadas alturas y valles meridionales de la Selva Negra, encontrando tan pesada la presión que desde el Norte y el Nordeste se les hacia, que desde el año 61 concibieron el plan de abandonar voluntariamente todo el territorio comprendido entre el lago de Constanza, el Alto Rhin, el lago de Ginebra y el Jura, y de conquistarse con la espada una nueva patria en el interior del país celta.

Mas imponente fué la invasion que algunas hordas alemanas hicieron en el interior del país de los celtas, desde el Alto Rhin, es decir, desde los territorios que hoy constituyen la Alsacia. Desde la decadencia del poder de los arvernios, habian aparecido como rivales de los eduos, aliados de los romanos, en la lucha por la hegemonía de los pueblos celtas habitantes entre el Sena y el Garona, los sequanos, que habitaban al Oeste del Jura, en la comarca hoy llamada de Besanzon. En los difíciles tiempos de los extinguidos sertorianos y de las luchas pónicas tan peligrosas para Roma, habia estallado una larga guerra entre eduos y sequanos: éstos habian llamado en el año 71 á su auxilio á un caudillo alemán del Alto Rhin, Ariovisto, el cual combatió á su lado con 15,000 hombres, atrajo hácia el Rhin á contingentes alemanes cada vez mas numerosos, y en el año 61 infligió en Admagetobriga tan gran derrota á los eduos, que estos

hubieron de someterse por completo á los sequanos. La tentativa del caudillo fugitivo de los eduos, Divitiaco, para lograr el auxilio de los romanos fracasó por completo, siendo Ariovisto reconocido por el Senado como amigo del pueblo romano. Este enérgico caudillo, con auxilio de sus compatriotas, que en número de 120,000 y hasta el año 58, emigraron á su lado, comenzó á posesionarse de la supremacía de los sequanos, obligándoles á hacer importantes cesiones de terrenos, y ambicionando extender cada vez mas su poder directo. Por último, empujados por los pueblos vecinos invasores, los alemanes usipetes y tencteres se prepararon tambien desde el año 59 á atravesar el Rhin por el delta de este rio y por el del Mosa.

De todas estas causas y circunstancias reunidas debia nacer en la Galia un estado de confusion que César no podia permitir en interés del Estado romano, y en el cual intervino con gran energía desde su llegada á la Alta Italia. Cuando en abril del año 58 penetró en su provincia, los helvecios, despues de haber destruido sus residencias, se habian puesto en movimiento, en número de 368,000, de los cuales la cuarta parte iban armados, con intento de penetrar en la Galia por Genova (Ginebra), y llegar rápidamente al país de los allobroges. César, que no queria permitir la invasion de los helvecios ni en los territorios romanos ni en los de los celtas independientes, ni la conquista de las incultas comarcas helvéticas de los Alpes por los germanos, entró precipitadamente con las tropas romanas y con las milicias del país en la provincia transalpina, para cortarles el paso del Ródano, y les obligó á torcer hácia el Norte y á cruzar las gargantas del Jura. El partido anti-romano que entre los eduos existia, acaudillado por el jefe Dunmorix, facilitó á los invasores la libre marcha por el país de los sequanos. César, al tener de esto noticia, dió el primero de aquellos pasos atrevidos que caracterizaban á los romanos en el mundo antiguo y que anunciaban que habia renacido en la política exterior romana aquel espíritu que en la época de las guerras pónicas habia sido la base de la dominacion universal de los latinos.

Llamó á toda prisa de la Alta Italia las tres antiguas legiones de Aquileya y á dos recientemente organizadas, retrocedió con su acostumbrada celeridad desde Ginebra con todas sus fuerzas hasta el país de los eduos, dió caza á los helvecios, aniquiló á una parte de ellos á quienes habia logrado atraer á la orilla izquierda del Arar (Saona) y persiguió al resto por espacio de quince dias por la margen derecha del propio rio, en direccion al Noroeste. Los aprovisionamientos comenzaban ya á hacerse difíciles para los romanos, y en los pueblos celtas que les acompañaban iba tomando la desconfianza proporciones cada vez mayores, cuando, al llegar á Bibracte (hoy Autun), capital de los eduos, se libró la batalla decisiva, en la cual, despues de una larga y sangrienta lucha, fueron completamente derrotados los helvecios, no sin que los romanos sufrieran pérdidas de gran consideracion. No tuvieron los vencidos mas remedio que someterse á los vencedores, debiendo resignarse los 110,000 que habian sobrevivido á la difícil emigracion y al mortal combate, á regresar á sus antiguos territorios. Los romanos se apoderaron del extremo Sudoeste de su país, en donde se estableció despues una colonia romana junto al lago de Ginebra, en la ciudad celta de Noviodunum (hoy Nion), que tomó el nombre de *Julia Equestris*.

### IV.—VICTORIA DE CÉSAR SOBRE ARIOVISTO

Entonces se trató de llevar á cabo el trabajo mas difícil, que era destruir la fuerza del audaz caudillo alemán Ariovisto, y entonces comenzó el peligroso contacto entre romanos y alemanes, uniéndose por vez primera el porvenir histórico

del pueblo latino con el del germano, pueblos cuyo influjo mutuo tantas veces habia de mostrarse hasta en nuestros dias, así en la guerra como en la paz. Las tribus célticas del centro de la Galia, temerosas del incremento que iban tomando los germanos, estaban dispuestas á aceptar fácilmente el auxilio que contra Ariovisto les ofrecian los romanos. Cuando los eduos, aconsejados por César, se negaron á pagar el tributo al caudillo alemán y reclamaron la restitucion de sus rehenes, Ariovisto rompió contra ellos las hostilidades. César se presentó en seguida en el teatro de la guerra y exigió de aquel que suspendiera las hostilidades contra los eduos y que en lo sucesivo no permitiera que ningun germano atravesara el Rhin para penetrar en la Galia. El caudillo alemán contestó con altanería, negándose á acceder á tales exigencias, y se decidió á hacer frente á los romanos, convencido de que le asistia igual derecho y teniendo igual conciencia de su fuerza. Así pues, pronto estalló el rompimiento, apresurándose César á adelantarse á los germanos en la posesion de Besontio (Besanzon), capital de los sequanos, de extraordinaria importancia por su situacion y por sus fortificaciones. Los romanos, sin embargo, debian vencer en esta lucha una dificultad inesperada. La historia de las guerras romano-germánicas nos muestra, hasta en los tiempos de las grandes batallas de los godos durante las emigraciones de los pueblos, cuánto horror inspiraban á los ejércitos romanos las primeras embestidas de los crueles hijos de las selvas germánicas. El recuerdo de los horrores de las luchas cimbrío-teutónicas se mantenía aun en las tropas itálicas. Sabiase además, que las hordas de Ariovisto, los rubios y robustos guerreros del Norte, ante los cuales temblaban los celtas, eran especialmente adversarios temibles, pues aquellos rudos hijos de la naturaleza, como ellos mismos se llamaban, hacia catorce años que acampaban al raso. Los muchos jóvenes señores de ilustre prosapia de la capital se sentian presa del mayor terror, y César no se habia mostrado todavía tan heroico como despues al terminar la guerra céltica. El joven general, que hasta entonces solo en las cuestiones de política interior habia podido probar el poder de su arte en el modo de tratar á las gentes, dió muestra de su extraordinario talento, atrayéndose por completo á las tropas, excitando su pundonor, animándolas y comunicándoles una parte del ardor y de la confianza en la victoria que él sentia. En una ardiente peroracion supo infundir valor á sus oficiales y humillar á los desanimados: pero lo que mas entusiasmó al conjunto del ejército, fué la declaracion que hizo de que en último caso atacaria á los germanos con la legion décima, cuyas buenas condiciones estaban probadas.

Entonces se dirigió al Norte, alcanzando á los germanos de Ariovisto en la Alta Alsacia. Despues de largo tiempo de maniobras y de pequeñas escaramuzas, el príncipe alemán, que habia vacilado en librar la batalla, por haberle prohibido la adivina que tal hiciera antes de la luna nueva, aceptó por último la lucha decisiva. En una llanura que se extendia cerca de la actual Mülhouse, segun se cree en la comarca de las actuales aldeas de Ezernay y Bajo-Aspach, y no léjos del Rhin, trabóse el combate, en el cual los harudos, marcomanos, tribocos, nemetes, vangiones y sedusios tenian que habérselas contra la táctica de los romanos. César, con el ala derecha que en persona mandaba, obtenia ventaja en la lucha, pero tambien el ala derecha de los alemanes hacia, á su vez, retroceder á los romanos que en frente de ellos se sostenian, cuando el joven y fogoso Publio Craso, hijo del triunviro, que mandaba la caballería, púsose por iniciativa propia al frente de las tropas de reserva, que constituian el tercer cuerpo del ejército, y salvó el ala izquierda de los romanos, decidiendo en favor de estos la batalla. Los derrotados germanos fueron